

La frase

Acompañé a Lucas al cole y cogí la bici.

Esta vez había dejado en casa la mochila donde suelo llevar el móvil, un pequeño cuaderno de notas y el bolígrafo. Ya saben: siempre hay una llamada que no quiere esperar, esa frase que intenta no ser olvidada. Pero esta vez no.

Conque ahora vamos solas: la bici y yo.

No es la primera vez. No es la primera vez que dejo a sabiendas la mochila en casa, para ir más ligera. Y no es la primera vez que me arrepiento cuando, entre pedalada y pedalada, surge una idea sobre el trabajo, un deber que debería apuntar, algo de compra que falta, cualquier ocurrencia.

Pero nos gusta el riesgo. Nos convencemos de que aquella piedra no va a volver a colocarse junto a tu pie para que tropieces en ella. Ya saben a qué me refiero. Y zas.

Quería dar un paseo rápido con la bici y volver pronto para ponerme a escribir. Precisamente. Hasta Fusó de la Reina y vuelta. Unos 14 kilómetros. Hora y cuarto a un ritmo tranquilo, incluyendo la parada de diez minutos en un banco junto a la antigua estación de tren.

De hecho cogí la bici con la idea de ir madurando por el camino una idea que me rondaba para un relato. Una idea. Vaga.

Estaba tumbada en el banco, cuando llegó. La frase. Era el arranque perfecto para el relato.

Empezar un relato siempre es delicado. Un día leí una entrevista con Don DeLillo en la que le preguntaban cómo afrontaba la escritura de una novela. Y él respondía: todo empieza por la primera frase.

Luego completas un párrafo. Y a renglón seguido el siguiente. Hasta que culminas el folio. Así empezaba la novela. Así empieza todo.

La frase era perfecta. Tan perfecta que empecé a obsesionarme con la posibilidad (tan real) de olvidarla. Porque no llevaba la libreta para recogerla en el papel.

Mientras trataba de fijarla en la pizarra del cerebro, me vi empujada a pensar en fórmulas alternativas a la retención (por si fallaba, por si de pronto se abría una grieta en la memoria y la idea desaparecía como el enjuague bucal por el sumidero del lavabo).

Pensé a bote pronto en escribir la frase con un palo en la tierra que tenía bajo mis pies. Algo estúpido, verdaderamente, porque, además, llegado el caso, tampoco podría sacarle una foto: había dejado el móvil en casa. No solo la libreta y el bolígrafo.

Pensé incluso en abordar a cualquiera de las personas que paseaban en ese momento por la senda. Pero me dio reparo. El reparo tiene a veces una fuerza inusitada... En eso concretamente reparé.

Pensé (aunque sería más correcto decir que me pensó a mí la ocurrencia) en interceptar a alguno de los ciclistas que hacían la senda como yo. Pero lo descarté. Me pareció bastante improbable que llevaran papel y bolígrafo. Iban demasiado «disfrazados» de ciclistas.

También pensé que, en cualquiera de los dos casos, los interpelados concluirían: esta chica está chalada. Con lo cual, opté por desecharlo.

Pensé incluso en la furgoneta de los helados que vi a la altura de la antigua estación de La Manjosa la última vez que hice la senda. Sí, seguro que él tenía papel y bolígrafo. O ella, porque ahora no recuerdo quién estaba al mando. Solo me fijé en la furgoneta.

En fin, llegadas a este punto me subí a la bici y comencé a pedalear a buen ritmo, intentando que la frase, la frase memorable con la que iba a iniciar el relato, no se perdiera entre el bosque de neuronas.

Milagrosamente, conseguí retenerla hasta que llegué a La Manjosa. Pero ni rastro de la furgoneta.

Entonces pensé en lo extraño que resultaba que no estuviera hoy, precisamente, el heladero dispuesto a hacer caja: hacía un día espléndido de verano, eran a las cinco y media de la tarde. En fin, que no hubiera nadie... dispuesto a ayudarme.

De forma aviesa, este pensamiento desvió mi atención. Tanto que olvidé la segunda, y sustancial, parte de la frase. Así que maldije al heladero. Por no estar allí. Por no ayudarme. Por poner en riesgo el memorable arranque de mi relato.

Pero enseguida me arrepentí: estaba haciendo peligrar también el arranque de la frase, esas palabras iniciales que aún permanecían escritas en el encerado mental.

Tras un esfuerzo ímprobo de concentración, casi angustioso –sentía las sienas más cerca que nunca la una de la otra– alcancé a rescatar del olvido, cuando ya se precipitaban de forma inexorable por el sumidero, esas contadas palabras precisas que culminaban la frase. Que la redondeaban de manera magistral.

Uf. Qué respiro...

Agarré la frase y, como un mantra, la fui repitiendo mentalmente.

Las dos partes de frase para ser exactas: la «fiel» y la rescatada, que ya tenía bien sujeta con unas pinzas que me había prestado la memoria.

Hasta que llegué de vuelta a la ciudad.

Entonces subí la última cuesta pedaleando como una posesa, sin dejar de repetirme aquellas palabras (¿malditas?, ¿benditas?), hasta que alcancé al kiosco donde suelo coger la prensa.

Dejé la bici fuera, arrimada contra la pared, y entré. Tras el mostrador estaba Rosy.

–Rosy, necesito por favor que me dejes un poco de papel y bolígrafo.

Y la anoté.

Y sentí el abrazo del alivio. Y me hizo feliz.

Llegué a casa convencida de que esa misma tarde tenía que escribir el relato. El relato de La frase.

Juanjo Barral
Mejor lo cuentan ellas
Canana 704
2021